

«Los maestros sentaron cátedra»



Don Friedman



Dave Schmitter

EN su libro «El mundo del "swing"», el crítico Stanley Dance preguntaba a Count Basie acerca del significado del término «swing». Este le contestó: «Lo importante es que la cosa tome vuelo. Ello depende de cómo se sienten todos. No puedo citar un factor especial que determine la posibilidad o el grado del "swing". Simplemente sucede... y el público también tiene mucho que ver con esto.» Uno, al cabo de los años, ha desarrollado una especie de olfato casi infalible para detectar si un concierto tendrá «swing» o, utilizando la terminología del conde, «la cosa no tomará vuelo»; y aquella tarde del domingo 23 de enero era tan palpable la excitación ambiental que no era difícil presagiar una buena sesión de «jazz» a cargo de los maestros del recientemente celebrado, y con todo éxito, seminario «jazzístico» de Alcalá de Henares; excitación compartida por músicos y público, que, como en los viejos tiempos del San Juan Evangelista, llenaba a reventar el entrañable teatrillo

del colegio mayor. Aquello «olía a "jazz"» por todas partes. Sin embargo, dudo que alguien pudiera prever en toda su magnitud lo que habría de acontecer: ¡cuatro horas! del mejor «jazz» en una maratónica e inolvidable «jam session» que verdaderamente hizo honor a su nombre, satisfaciendo con creces al auditorio como solamente el «jazz» es capaz de hacer, esto es, con «swing» y empuje a raudales; y el público, jóvenes universitarios en su mayoría, respondió ruidosamente, vibrando ante la energía que emanaba del escenario.

La «jam session» reunió una buena muestra del mejor «jazz» contemporáneo. Empezando —y me van a perdonar que anteponga mis preferencias particulares— por ese extraordinario y, en cierto modo, ignorado pianista Don Friedman, cuya elegancia, técnica y gusto no serán puestos en duda por ninguno de los asistentes al concierto. La «front line» estaba formada por el cada vez más «dextergordiano» (incluso en lo que al abuso de la bebida

se refiere) David Schmitter, extraordinario saxofonista, que, como es costumbre, nos deleitó con un par de deliciosos «scats», y el deslumbrante trompetista Claudio Roditi, firmes ambos en sus cometidos como no puede ser menos, teniendo tras de sí el contrabajo de Ron McLure como soporte. Menos brillantes, pero igualmente efectivos, Jimmy Madison a la batería y Steve Brown a la guitarra completaron el sexteto.

En un clima tan propicio a la creatividad como el de un «jam», los músicos desgranaron lo mejor de sí en un régimen de completa libertad, en el que la inspiración de los solistas dictó momentos tan memorables como esa introducción de Roditi al clásico «A night in Tunisia» o la improvisación de Schmitter sobre «Night an and day», que levantaron clamores de entusiasmo entre el «respectable».

Cansado, pero satisfecho, el auditorio se retiró con el recuerdo un tanto desdibujado de las dos sesiones que abrieron este II Festival del Colegio Mayor San Juan Evangelista, por cuanto ni la «troupe» Levitt, que actuó el viernes 21, ni el cuarteto del «guitarrista-metralleta» John Etheridge, al día siguiente, hicieron nada digno de ser reseñado; pero si el público vio generosamente recompensada su asistencia con una inmejorable tarde de «jazz», los rostros de los músicos tras el concierto reflejaban una satisfacción no menor. «¡Qué público! ¡Maravilloso!», repetía continuamente Roditi, y es que la magia del Colegio San Juan volvió a surtir efecto, y el éxito habría que achacárselo en primer lugar al entusiasmo del público universitario; pero también al Taller de Músicos de Barcelona, que promovió el seminario madrileño; a Juan José González —ánimo, Pepe, que siga la racha!—, con sus intervenciones espontáneas, muestra de un entusiasmo sano y contagioso, aunque algunos no lo entiendan así, y, claro está, a Alejandro Reyes, que pese a la apremiante amenaza de un «déficit» que comienza a albergar cifras preocupantes, sigue adelante con su programación de «jazz» en cantidad y calidad. Después de haber vivido momentos como los del pasado domingo, uno no puede sino dar las gracias efusivamente a estos «locos por el jazz», gracias a los cuales Madrid no es un desierto jazzístico, y animarles a que continúen con los sabrosísimos proyectos, a los cuales ha tenido acceso el cronista y de los que daremos cumplida cuenta en cuanto se asegure su realización.



Schmitter, Roditti y Steve Brown contemplan, entre asombrados y divertidos, la intervención del popular cantante espontáneo Juan José González